

## CAPÍTULO 3: EL COMIENZO

### *Liza en una reunión abierta de AA*

Mi nombre es Liza, soy una alcohólica y adicta muy agradecida que está en recuperación. Estar en “recuperación” significa que una vez fui impotente sobre el alcohol y sobre las drogas. Es en esa vida dolorosa e inmanejable que comienza mi historia. Estar en recuperación significa que un momento, una hora, un día a la vez, me mantengo sin sustancias. Compartiré los esfuerzos, las dificultades, la vergüenza, la culpa, la sobriedad eventual, la recuperación y la gratitud. Hoy, el dolor se hincha en mi garganta. Mis lagrimas son para mi hijo, Carlos, quien ha recaído. Estoy tratando de ser fuerte.

Estoy empezando con la historia de mi familia, porque ciertamente tiene mucho que ver con cómo percibí el mundo y cómo me percibí a mí misma. No tuve una niñez mala. Tenía un padre que trabajaba mucho y yo lo admiraba muchísimo.

Sin embargo, mi madre, tenía una capacidad muy limitada para amar, mostrar amor o recibir amor. Así que, cuando estaba creciendo, la forma en que fui disciplinada fue a través de vergüenza, abuso verbal y mucha crítica.

Esto afectó mi sistema de creencia. Pensaba que había algo malo en mí. Pensaba que no podía ser amada. La mayor parte de mi vida terminé buscando a alguien que pudiera amarme o que pudiera cambiar la forma en que yo me sentía, sin darme cuenta de que esa era mi

responsabilidad.

Aprendí a ser muy independiente a una edad temprana porque todas mis necesidades eran humilladas en mi infancia. Empecé a trabajar como camarera en un restaurante de comida rápida a los 12 años para no tener que pedir ayuda. Pedir ayuda fue difícil durante toda mi vida. Sentía vergüenza cuando necesitaba ayuda.

El concepto de rendirse en la recuperación de la adicción fue difícil para mí. Después, entregar mi vida a un poder superior fue extremadamente difícil, pero resultó ser una salvación. Ahora me encuentro viviendo impotente sobre la adicción de mi hijo. La vida da muchas vueltas y estoy experimentando a primera mano el dolor que mi madre tuvo que enfrentar con mi adicción.

Mi vida no se hizo incontrolable de la noche a la mañana. Tuve éxito y muchos amigos en la escuela preparatoria. Siempre estaba en una relación con un alcohólico o con alguien a quien yo sentía que necesitaba cuidar. Y, así es como encontré para lo que servía, para cuidar a la gente. Me sentí como si no valiera nada. En la escuela preparatoria fue donde por primera vez experimenté lo que el alcohol podía hacer por mí.

Una persona mayor nos compró unas cervezas. El sabor era horrible, así que sostuve mi nariz y me bebí cuatro latas. Recuerdo sentir que hizo algo por mí. Me sentí muy segura.

Sentí que mis inhibiciones habían desaparecido.

Me gustó la forma que me hizo sentir. Me hizo sentir algo que mis hermanas nunca experimentaron. Mis hermanas no son alcohólicas.

También experimenté fumando marihuana y usando ácido. Todas las cosas con las que experimentaban los adolescentes en los 70's, yo las probé.

Mi mamá tenía a una hippie como hija. Yo tengo como hijo a un héroe de guerra adicto al

alcohol y a los opioides. Él está sufriendo por la gracia de un poder superior; este poder que durante toda mi vida ha hecho por mí lo que yo no puedo hacer por mí misma. Estoy muy preocupada por mi hijo. Ese hijo, Carlos, está desaparecido.

Conocí a mi futuro esposo en un círculo de hippies. Él era alguien a quien realmente admiraba. Para estar con él; dejé de lado mis necesidades, lo que quería y lo que deseaba. Yo estaba muy feliz en mi trabajo, pero él quería vivir en California, así que nos fuimos. Nos quedamos allí un rato, luego viajamos y luego nos casamos.

Después de eso, nos mudamos a Carolina del Norte, ahí es donde nació mi primer hijo Roberto Aaron Rodríguez. No había mucha actividad con el alcohol o con las drogas durante ese tiempo. Yo no bebía ni usaba drogas mientras estaba embarazada. Después nos mudamos a Lawrence, Kansas, pero eventualmente terminamos en Hermosa Beach, California, donde trabajé en San Pedro por un tiempo.

Estos cambios de residencia eran siempre por lo que mi esposo necesitaba y quería.

Yo le dije que, donde quiera que él estuviera feliz; yo estaría feliz. Traté de creerlo yo misma. Él tenía una opinión muy negativa del mundo. Hacerlo feliz se convirtió en una misión.

Mientras estábamos viviendo en California nuestra relación se volvió abusiva. Comencé a andar con pies de plomo por mi esposo. Sentí el mismo estrés creciendo con mi madre.

Cualquier cosa que intentaba hacer nunca era suficiente.

Creía que, si lo intentaba lo suficiente o si lo deseaba lo suficiente, podría hacer a una persona feliz. Podría cambiarlos o hacerlos que me amaran.

No podía ser amada. Mi creencia central era un error del pensamiento.

Después del primer episodio de violencia doméstica, nos mudamos de vuelta a Kansas.

Mi esposo nos llevó hacia afuera de la ciudad. El abuso doméstico florece con la reclusión y aislamiento.

Yo estaba feliz de estar más cerca de mi hermana y de mis padres.

Carlos Adán Rodríguez nació aquí. Carlos, que ahora se encuentra impotente ante las mismas adicciones que una vez me atormentaron a mí. Carlos es mi segundo hijo.

“Carlos ha estado desaparecido por cuatro semanas”, dijo Liza, mientras hizo una pausa en su historia. Sus ojos se humedecieron, mientras se recuperaba. Luego continuó.

Ahora de regreso en Kansas, la violencia doméstica, que había sido mayormente verbal, había escalado al abuso físico.

Yo me aguante viviendo con miedo; creyendo que iba a ser diferente. Siempre iba a trabajar pensando que todo estaba bien. No hablaba con nadie.

Sentí tanta vergüenza debido al comportamiento de otra persona. Estaba tan avergonzada. Yo lo protegía.

La gente lo empezó a notar. El abuso se convirtió cada vez más difícil de ocultar. Yo estaba trabajando en un despacho de abogados. Llegaba a trabajar con historias; de que estaba en un juego de pelota y que una pelota me había golpeado. Estaba tan humillada. No quería decírselo a nadie. En aquel entonces la gente no hablaba abiertamente de esas cosas. No se escuchaba hablar de refugios para mujeres ni nada parecido.

No estaba bebiendo ni drogándome mucho. Simplemente iba a trabajar, volvía a casa y trataba de hacer que todo estuviera bien. Nunca pude. Me fui de la casa dos o tres veces, pero siempre regresaba con su promesa de que las cosas cambiarían.

Desafortunadamente las cosas cambiaron, pero no para bien. La violencia empeoró.

Una noche llegué a casa del trabajo y todo lo que me pertenecía estaba completamente destruido. No tenía a dónde ir y nada estaba a mi nombre. Dejé todo atrás, incluso mi coche.

Una hermosa señora llamada Natalia nos llevó a mí y a mis hijos a su casa. Para lidiar con el dolor y el sufrimiento, comenzamos a salir a beber los miércoles por la noche. Yo siempre bebía diferente a todos los demás. No podía tomar solo una cerveza. Bebía hasta que estaba tan intoxicada que no podía ni permanecer de pie. Fue durante este tiempo que mi esposo comenzó a acosarme.

Juan entraba en la casa sin permiso. Si salía con mis amigas, él me esperaba en el estacionamiento.

Una noche, él entró en la casa y atacó a Natalia y a mí. Se fue antes de que llegara la policía.

Juan siempre corría.

Para evitar poner a mi amiga en peligro, tomé la decisión de dejar la casa de Natalia. Alquilé mi propio apartamento.

Mi esposo, Juan, me atormentaba constantemente entrando a la fuerza en el apartamento. Juan me aterrorizaba. La policía llegaba. Yo siempre me negaba a poner cargos; por querer protegerlo y por miedo a que la violencia se pusiera aún peor.

Una noche la policía fue llamada a mi apartamento. Cuando llegaron, me encontraron inconsciente.

El oficial me dijo que, si yo no presentaba cargos contra él, ellos lo harían. El oficial confrontó a Juan y le dijo que tenía que estar fuera del Condado de Bourbon para abril o que iría a la cárcel. Así que se mudó a Pittsburg, Kansas.

Hay un propósito para todo. Esto pasa en la historia de recuperación de todos. Mientras sus vidas se vuelven incontrolables, la parte emocional de esta enfermedad acumula intensidad. Se toman decisiones. Una vez que tomas una decisión, es como saltar a la corriente rápida del río, fluyes hacia el siguiente evento.

Ustedes verán esto no solo en mi historia, si no en la historia del flujo progresivo de la adicción de todos.

Un corto tiempo después, yo también me mudé a Pittsburg. Otra vez en un error del pensamiento, yo creía que dejar atrás a viejos amigos y a los problemas y reubicarme a Pittsburg serviría como una especie de cura geográfica, haciendo que todo esté bien.

El orgullo y la memoria tuvieron una pelea y el orgullo siempre gana.

Por un tiempo, no hubo violencia.

Tomé un trabajo en un bar. Bebiendo cada fin de semana, a menudo me quedaba hasta las tempranas horas de la madrugada.

Una noche Juan llegó y se puso violento en el bar. La noche siguiente, no me dejaba ir a trabajar. Llamé a la policía.

Los oficiales hicieron que Juan se fuera de mi casa y dos días más tarde se mudó de nuevo a California. Mientras Juan estaba en California, continuó llamándome.

Tenía tanto dolor y culpa, bebí cada vez más y más alcohol para quitar el dolor.

Hoy me doy cuenta de lo poco disponible y egoísta que era con mis hijos, sólo pensaba

en mi propio dolor y en mis propias necesidades.

Hay una promesa en el Libro Grande de Alcohólicos Anónimos que dice, “No nos lamentaremos del pasado, ni desearemos cerrar la puerta que nos conduce a él”.

Las otras promesas se han hecho realidad: “Que intuitivamente sabremos cómo comportarnos en situaciones en las que antes nos sentíamos desorientados. Perderemos el miedo a la inseguridad económica. Repentinamente, nos daremos cuenta de que Dios está haciendo por nosotros lo que no éramos capaces de hacer por nosotros mismos”. Esas promesas se han hecho realidad. Los arrepentimientos que tengo son por lastimar personas a lo largo del camino, aunque sin saber cuánto en ese entonces.

La recuperación también me ha dado una visión de eso, reconociendo como mis hijos lidiaron con su propio dolor. Roberto ocultaba su dolor con éxito y Carlos con el abuso de sustancias.

Mi esposo, quien todavía vivía en California, comenzó a enviarme cocaína y metanfetaminas por correo.

Empecé a venderlas a la gente que había conocido en Pittsburg.

No podía soportar estar sola. La única manera de deshacerme de la soledad, de la culpa y de la vergüenza era bebiendo y usando más drogas.

Roberto y Carlos me necesitaban. Yo no podía ser la madre que ellos necesitaban. Lidié con mi dolor de la única manera que yo sabía: bebiendo y drogándome más.

Llegué a conocer el círculo de personas que estaban involucradas con las drogas en Pittsburg. Bebí en exceso. Cada noche cuando terminaba de trabajar, me rodeaba de personas

que eran mis amigos de “usar drogas”.

Evité a mi familia. Estaba tan avergonzada en lo que me había convertido.

No podía detener lo que estaba haciendo.

La adicción es de esa manera.







## CAPÍTULO 4: LA LUCHA

*Liza*

Mi vida seguía empeorando y empeorando. Intenté volver a la universidad.

Intenté encontrar algo de mí que me hiciera sentir bien. Parecía que a nadie le importaba.

El ser una persona sin valor era devastador, el dolor emocional fue más severo.

El alcohol y las drogas que estaba usando para ocultar el dolor me fueron llevando al fondo lentamente.

Me resultaba cada vez más difícil funcionar bien con todo lo que estaba sucediendo en mi casa. Mis amigos de drogas entrando y saliendo a todas horas del día y la noche. Era agotador.

Mis preciosos hijos estaban viviendo en un mundo de riesgo y caos. Mi vergüenza sólo se hizo más profunda por mi negación de algún problema. Razoné que siempre he sido capaz de pagar mis cuentas y de cuidarme, así que todo estaba bien. Incluso tenía un coche.

Las únicas personas que no miraban mi disfunción eran aquellas con las que me drogaba. Roberto y Carlos eran daños colaterales.

La vergüenza se refleja en los rostros de los hijos que amas y en las acciones de los miembros de tu familia que se aferran a la esperanza de que algo, cualquier cosa, tocará tu vida y detendrá la locura de la adicción progresiva. Ciertamente, siento que allí es donde estaban mi mamá y mi papá.

Mirando ahora hacia atrás, me doy cuenta de que estaba sorda y ciega con mis hijos. Era una madre terrible.

Mi esposo y yo nos divorciamos y me encontré en una nueva relación con alguien que bebía tanto como yo. No me juntaba con alguien que no bebiera ni usará drogas. No quería que me interrogaran. Si lo hacían, los sacaba fuera de mi círculo. No permitía a ninguna persona sobria.

Todo el tiempo que estuve con mi nuevo novio, Esteban, me comparaba con él y pensaba, “No estoy tan mal”. Él estaba más avanzado que yo, porque él se levantaba en la mañana y empezaba a beber. Yo no; yo me esperaba hasta la noche. Esteban no tenía trabajo. Yo trabajaba todos los días en el bar. Comparándome con él me hacía sentir mejor.

Una noche, Esteban destrozó mi coche y yo me enojé mucho con él. Le di un ultimátum. Tenía que ir a tratamiento o tenía que salir de mi vida.

Pensé que, si yo podía dejar de beber durante dos semanas, entonces eso probaría que yo no tenía ningún problema.

Esteban era el del problema. Hacia el final del tratamiento de Esteban, yo iba a visitarlo durante el día de visita familiar, apestando a alcohol del día anterior. La consejera me decía, “Debes de ver tu problema”.

Y pensé, “¿Mi problema?” Me enojé mucho con mi novio y le pregunté si había estado hablando de mí en el centro de tratamiento.

Cuando Esteban dejó el tratamiento, trató de mantenerse sobrio. Él tenía un patrocinador y estaba haciendo lo que se suponía que debía hacer, pero yo seguí bebiendo y usando drogas. Recuerdo pensar, “No puedo esperar para que se vaya a una reunión de AA”. Empecé a esconder y a meter bebidas y drogas en la casa sin que me viera. No lo estaba engañando en lo absoluto.

Fui a mi primera reunión de AA en la víspera de Año Nuevo con Esteban. Recuerdo pensar, “Este es un gran lugar para estas personas”.

Sin embargo, no veía cómo había progresado mi propia enfermedad. La negación es un síntoma poderoso de la adicción. La negación te dice que puedes dejarlo en cualquier momento que quieras.

A lo largo del camino, seguí creyendo que mi periodo de dos semanas de sobriedad era la prueba de que no tenía un problema. Seguí bebiendo.

La parte egoísta de mí esperaba que Esteban me acompañara a beber otra vez.

Un día llegué a mi casa y él estaba actuando muy extraño. A la mañana siguiente cuando desperté, él estaba borracho y drogado. Esteban había recaído después de cinco meses.

Mis hijos estaban en casa, así que todos salimos a conducir por Pittsburg y por las afueras de la ciudad. Él siguió bebiendo y se puso violento. Mientras yo conducía por el camino, él golpeó y rompió el parabrisas con su puño.

Le dije que nuestra relación había terminado. No viviría con el abuso y el terror por segunda vez.

Esteban empacó sus cosas y salió de mi vida, esto lo empezó a llevar cuesta abajo; yo no tenía el poder para detenerlo.

A pesar de que nuestra relación había terminado, teníamos el mismo círculo de amigos y ocasionalmente nos encontrábamos. Unas cuantas veces, en momentos de debilidad, Esteban pasaba la noche conmigo. Creo que eso le dio una falsa esperanza de que reanudaríamos nuestra relación.

Esta relación intermitente continuó durante varios meses, hasta que me involucré con un hombre que mi hermana me presentó. Hasta el día de hoy, se disculpa por eso.

Inmediatamente tuvimos una atracción, un magnetismo animal.

Recuerdo pensar, “¡Este tipo tiene un coche y un trabajo!”

Normalmente las personas con las que salía no tenían ninguno de los dos.

Nuestra relación era emocionante y electrizante y salimos por un tiempo muy corto antes de casarnos.

El nombre de mi segundo esposo era Miguel.

Miguel acababa de salir de la cárcel antes de conocernos y estaba en libertad condicional.

Al principio, empezamos a usar drogas juntos y las cosas se pusieron muy mal. No hubo abuso físico, sino un horrible abuso emocional.

Durante ese tiempo, hubo mucha infidelidad de su parte, lo cual fue muy doloroso para mí.

Me sentí avergonzada.

La culpa es un sentimiento de que hice algo mal y saber qué puedo hacer algo al respecto, pero la vergüenza es un sentimiento de que hay algo mal en mí, que tengo fallas y defectos.

La vergüenza era incapacitante y sólo pude disolver ese sentimiento bebiendo y drogándome más.

Dos meses después de casarme con Miguel, los padres de Esteban tocaron a mi puerta. Esteban se había suicidado.

Después de que el shock desapareció, llegó la culpa. Todo esto era mi culpa. ¿Por qué había mantenido una relación con Esteban, dándole falsas esperanzas? Las decisiones en nuestras vidas afectan a otros.

Yo creí que si yo hubiera dejado de beber él no habría recaído. Su muerte fue totalmente

mi culpa.

Mi vergüenza y los comentarios de los padres de Esteban me mandaron el mismo mensaje.

El profundo dolor, la vergüenza y el pesar me convirtieron en un desastre emocional.

Tratando de lidiar con la muerte de Esteban y mi esposo infiel, Miguel, empecé a beber y a drogarme más y más para adormecer el dolor emocional.

Comencé a salir de fiesta todas las noches. Estaba poniendo a Roberto y a Carlos en situaciones peligrosas y lastimando a los miembros de mi familia.

Mi mamá y mi papá estaban tan preocupados por mí. Incluso vinieron a Pittsburg para intervenir. Recuerdo pensar, “¿Qué es lo que piensan que esta tan mal?” Tengo trabajo, pago mis facturas. No esta tan mal, “¿Por qué piensan que esta tan mal?”

Yo estaba bien, pero eso es de lo que se trata la negación.

Luego todo se fue para abajo. Las cosas empeoraron. Irónicamente, no para mí. Yo vivía en la Calle Negación en un apartamento sucio cerca de Walmart.

El oficial de libertad condicional de Miguel le dijo que tenía que ir a tratamiento. Miguel se rehusó, a menos que yo fuera con él. Yo tenía miedo de que terminara en la cárcel si yo no fuera al tratamiento también.

Así de loco estaba mi pensamiento.

Yo fui, pero no fui por mí. Yo fui al tratamiento para cuidarlo.

En mi mente, yo NO era una adicta.

Mi vida llena de tragedias, mantuve mis manos delante de mis ojos, sin contemplar el costo de la adicción en mi vida.

Estaba conduciendo por la vida a oscuras con las luces apagadas... El abuso de Juan, el suicidio de Esteban, las infidelidades de Miguel – acontecimientos horribles que nunca igualé a mi propia adicción.

Yo estaba bien, no tenía ningún problema.

Yo fui al tratamiento con Miguel porque el necesitaba ir.

Con una verdadera costumbre de adicto, ya estaba pensando en conseguir mi primera bebida tan pronto como saliéramos.







## CAPÍTULO 5: TOCANDO FONDO

*Liza*

La primera semana que estuve en tratamiento, dormí mucho. Me levanté y fui al grupo de terapia. Miguel había estado durmiendo con otras mujeres en el centro de tratamiento, así que le pidieron que se fuera. El personal de la unidad quería que yo me quedara.

Les dije que yo no me iba a quedar, que sólo vine por él.

Empecé a empacar mis cosas y le dije a Miguel que me iba con él. Me dijo que ya tenía quien lo iba a llevar y que yo buscara quien me llevara.

Empaqué rápidamente y corrí a la entrada en pánico. Me estaba apresurando para que no me dejara.

Llegué hasta el final de las escaleras enfrente del centro de tratamiento justo a tiempo para verlo irse con su novia.

Me dejó parada allí. Me quedé llorando por todo el dolor, el abandono y el rechazo que sentía. No tenía ni una moneda para llamar a alguien. Me derrumbé y oré. Finalmente, me prestaron una moneda, llamé a una amiga, y me fui a casa.

Ahora pienso en lo codependiente que era. Cualquiera que diga que esto no es una enfermedad sentimental está en negación y no ha progresado lo suficiente. Es una enfermedad tan emocionalmente dolorosa.

Finalmente había tocado fondo. Me quedé parada afuera del centro de tratamiento, viendo a mi esposo alejarse con su novia, me sentí tan vacía y sola.

Volví a casa y lloré hasta dormirme, con una Biblia sobre mi corazón.

Estaba agotada, despedazada y sola, con una pesada carga de dolor. Un dolor profundo que se convirtió en enojo y luego en resentimiento. Toda mi decepción se volvió hacia adentro, señalándome directamente a mí.

Por fin me había convertido en la persona rechazada, abandonada y sin valor que siempre había compadecido y que tenía tanto miedo en convertirme. Estaba muerta, emocionalmente.

Yo no tenía ningún concepto de la enfermedad que sufría, ni de la esperanza que traería la recuperación.

Mi autosuficiencia se había convertido en insuficiencia.

Ni siquiera tenía dinero para comprar comida. Busqué alrededor de la casa, en los cojines del sofá y debajo de los muebles, esperando encontrar monedas para comprar algo de comida. Después caminé a Walmart en una tormenta de nieve para traer comida.

Mientras caminaba de regreso, me hundí hasta las rodillas en la desesperación. Las lágrimas ya se habían secado.

Pensamientos comenzaron a girar a través de mi cabeza. “Siempre he tenido un coche. Siempre he sido capaz de cuidar de mí misma. Ahora mírame, he caído tan bajo, a lo más bajo que se puede caer”.

No vi forma de salir del desastre que era mi vida. Estaba en un lugar de rendición. Soy tan afortunada de no haber muerto.

Demasiado hambrienta, demasiado sola, demasiado cansada... y totalmente impotente

sobre mi adicción, no tenía más que dar. No tenía más esperanza y no tenía más deseos de seguir adelante.

Hasta aquí llegué.

En ese momento de silencio, con mis rodillas en la nieve recién caída, me di cuenta que debía rendirme para poder reclamar mi vida.

En ese profundo silencio, mientras me rendía, tuve una realización de un poder superior.

No sabes cuánto necesitas la claridad espiritual hasta que es todo lo que tienes.

Hay otra promesa en el Libro Grande de Alcohólicos Anónimos que dice, “Independientemente de lo bajo que hayamos llegado, veremos cómo nuestra experiencia puede beneficiar a otros, y rezo para que reciban este regalo en esta reunión abierta esta noche”.

Empecé a pensar en lo que había aprendido en la escuela dominical. Tenía semillas plantadas porque mis abuelos eran muy fieles cristianos.

Ellos me habían llevado a la iglesia durante toda mi infancia y yo los había visto orar y servir al Señor. Siempre supe que Dios estaba allí, pero sentí que había algo mal conmigo y que no podía ser amada.

Fue un momento en mi vida en que estaba tan abajo que al único lugar que podía mirar era hacia arriba. Tuve la creencia de que mi vida había cambiado, así que llamé a mi hermana menor quien también es una fiel cristiana y la dejé entrar en mi vida. Ella vino a mi casa y oró conmigo. Ella me amaba y me aceptó.

Mi familia estaba preocupada por mí; así que ella llamó a mi papá y ellos también oraron por mí.

Ella dijo que cuando estaba orando tuvo una visión. “Yo te vi en aguas profundas y estabas dando vueltas de un lado a otro a través de esas aguas”. Ella continuó, “Vi que la mano de Dios se extendía desde el Cielo y te sacaba de esas aguas y Él te ponía sobre una roca”.

“Estabas parada sobre la roca y le dije a mi papá que ibas a estar bien”.

Todos sabíamos que era mi adicción en la que me estaba ahogando.

Me reflejé en la visión de mi hermana y poco a poco mi vida comenzó a cambiar.

Los primeros pasos de Alcohólicos Anónimos cobraron vida mientras me rendía.

Mis padres no sabían que había dejado el tratamiento hasta que mi hermana les dijo. Se aparecieron en mi casa y papá intentó convencerme de que regresara al tratamiento y le dije que estaría bien sin eso.

Mi padre sacó a mi hijo Carlos y le preguntó, “¿Te gustaría que tu mamá regresara al tratamiento?” Carlos dijo que sí. Fue entonces cuando me di cuenta de que eso era una cosa a la que nunca le presté mucha atención, a lo que mis hijos querían o necesitaban. Fue entonces cuando tomé la decisión de regresar.

Mi héroe de guerra caído que ayudo a salvarme, mi Carlos.

“¡Te dije que tenías un problema! ¡Siempre has tenido un problema!” gritó mi madre con enojo desde el otro lado de la mesa.

Vi que mi padre le dio un ligero codazo por debajo de la mesa. Le dijo a mi mamá que ellos iban a cuidar a mis hijos mientras yo estaba en tratamiento. Podía ver que ella realmente no quería. Ahora entiendo que ella no tenía percepción de qué hacer enseguida.

Volví al tratamiento al día siguiente.

Esta vez, fui por mí misma.